



El impacto de la renuncia papal

Política Internacional, 14/02/2013

Confesiones.

Sin duda, el anuncio de la renuncia del Papa Benedicto XVI tomo al mundo por sorpresa, no solo al universo católico, porque se trata de uno de los hombres más poderosos y quizá el más influyente del orbe.

El asombro naturalmente se relaciona con la necesidad de encontrar una explicación más allá de los motivos, porque evidentemente una circunstancia de esta magnitud conlleva la elaboración de toda clase de hipótesis.

Por definición se entiende que el ministerio no termina sino hasta el fallecimiento, quienes lo asumen comprenden esa obligación y están impuestos a ella.

No se trata solamente de una tradición, mas allá del formato es un dogma, es parte inherente de la propia investidura, precisamente por ello la eventualidad de la renuncia materialmente no existía.

En el pasado hemos visto sumos pontífices que llegan al final de sus días, agotados mental y físicamente, sin capacidad humana de continuar con el esfuerzo, sin embargo esa condición es parte del sacrificio personal que impone la condición.

Recordemos los últimos meses de vida de Juan Pablo II, que en ese límite físico, bordeo la frontera de lo permisible, su situación personal hacia evidente que sus facultades estaban totalmente mermadas.

Aun así continuo hasta que llego el fatal desenlace, sostenido seguramente en su fe y decíamos en la sensación de la responsabilidad y la obligación, nunca en su caso a pesar de su estado de salud, se menciona la posibilidad de una renuncia, que en su caso hubiera estado plenamente justificada.

En comparación su sucesor Benedicto XVI, a pesar de su avanzada edad no se ve al menos en la fachada exterior tan disminuido como para poder contrastar su estado de salud con el de su antecesor.

Precisamente por ello, comenzaron las especulaciones, mismas que se fortalecieron a raíz de que la oficina de comunicación del Vaticano, confirmo que el Papa no sufre de momento de ninguna enfermedad grave.

De tal suerte que la justificación de la renuncia, se circunscribe a su avanzada edad, a la incapacidad de poder cumplir cabalmente con el encargo, pensando tal vez que quien lo suceda tenga las condiciones adecuadas.

Sin embargo por la edad de la gran mayoría de los cardenales, eso no es tampoco una excusa, es un hecho que quien sea el nuevo Papa, también acceda a la responsabilidad con esa misma situación.

Dados los antecedentes ya expuestos, sobre todo aquel en el que se manifiesta que un Papa no renuncia, no al menos en los últimos setecientos años, esta dimisión por supuesto favoreció las teorías de que la misma obedece a otros factores.

Conspiración, lucha de poderes, la posibilidad de evitar un escándalo y tantas otras versiones surgen cada una con sus propias historias, que además son sensibles a la fascinación de la narrativa de escenarios.

La tradición vaticana siempre se ha relacionado con la idea de que al interior de sus milenarios muros, se esconden toda cantidad de historias, precisamente esa sensación de prácticas ocultas magnifica la fascinación.

Lo menos fácil de creer, y este por supuesto también es un asunto de fe, es que el Papa Benedicto XVI realmente este renunciando en un acto genuino de honestidad relacionado con sus condiciones físicas.

Personalmente me inclino y además así lo quiero creer, naturalmente esa es una opinión absolutamente de carácter personal, que no pretende influir en el criterio individual, que efectivamente el Papa tomo esa decisión sin ninguna presión extraordinaria.

En el análisis bajo estas circunstancias, por supuesto que resulta complicado ser objetivo, influyen la formación cultural y doctrinal, las creencias, sin embargo estas no pueden alejarnos de la objetividad.

Los asuntos religiosos y su interpretación son siempre pauta para la polémica, mas en un país como el nuestro, en donde la creencia y la fe son valores tan arraigados.

Pero al menos en esta ocasión, en consideración a la calidad moral del personaje protagonista del suceso, bien se podría conceder generosamente el privilegio de la duda.

Coincidir en que el Papa Benedicto XVI, dimite en función decíamos de un acto de honestidad, mediante el cual reconoce que a pesar del tamaño de su obligación, no tiene ya las fuerzas para continuar.

Sin que esto implique dar marcha a la creación de fabulas extraordinarias, conspiraciones propias de la literatura de ficción, que tanto ha aumentado incluso comercialmente en épocas recientes.

Sin conceder que la renuncia por si misma implique un sisma o en su caso una catástrofe al interior de la iglesia, no al menos en estas circunstancias, no al menos utilizando este escenario como pretexto para ello.

De cualquier manera muy pronto habrá un sucesor, este tendrá de inicio una doble responsabilidad, además de convivir con su antecesor todavía vivo, situación inédita.

La obligación del nuevo pontífice, no solo tendrá que ver con el desarrollo de las actividades propias de la encomienda, a su vez se verá en la necesidad de imprimir una dinámica mucho más activa.

Porque como un elemento de observación, una institución tan añeja no puede permitirse envejecer, por el contrario, lo que se infiere es una actitud de renovación.

El mensaje no puede relacionarse, menos aun después de una renuncia, en el debilitamiento de sus estructuras y liderazgos, estos en contraparte deben tender a reubicar estrategias y objetivos.

Siendo así, aun y bajo los preceptos de la más profunda tradición vaticana, conservadora por definición, no se puede descartar la eventualidad de un cambio, una ruta hacia el progresismo.

Si bien el efecto de la renuncia implica una respuesta de fondo, la disyuntiva estará entre continuar en ese conservadurismo, o

adaptarse a las condiciones de las grandes transformaciones actuales.

No es un planteamiento que obligue a modificar el sentido espiritual de la fe católica, pero si de un mensaje de apertura y consideración a los sucesos que influyen en la sociedad moderna.

La renuncia y sus explicaciones son un tema que se discutirá y se analizará durante mucho tiempo, sin embargo por su impacto, el Vaticano tendrá que reajustarse.

Como institución continúa siendo el ente más influyente del mundo, su participación y lo sabemos trasciende al aspecto religioso, de tal forma que el relevo será analizado con mucho detalle.

Como es de suponer, ante la anticipación del formato, aun antes del conclave electivo y más aun considerando la opinión del mismo Benedicto XVI, se puede esperar que su sucesor sea un cardenal a fin a él.

Con todo y ello, el nuevo Papa tendrá que asumir que el impacto de la renuncia significa un espacio de dudas e interpretaciones diversas, que de alguna manera son un reto.

Tal vez no haya nada que criticar en la decisión del Papa Benedicto XVI, sin embargo es innegable que su dimisión tiene un profundo significado y que será su sucesor quien tenga que resolverlo.

Porque en la condición humana, hasta cierto punto puede ser comprensible su determinación de renunciar, puede incluso verse como ya apuntábamos como una muestra de honestidad.

Pero eso también es un valor que contradice la esencia de la responsabilidad que conlleva la investidura, eso puede ser un elemento de conflicto que habrá que subsanar seguramente solo con un cambio igual de profundo.

guillermovazquez991@msn.com

twitter@vazquezhandall